

La Madre del Verbo encarnado

Dom Columba Marmion

Lugar que ocupa la devoción a María en nuestra vida espiritual; el discípulo de Cristo debe, como Jesús, ser hijo de María

En el curso de estas conferencias os he dicho a menudo que toda nuestra santidad se reduce a imitar a Jesús; consiste en la conformidad de nuestro ser entero con el Hijo de Dios, y en nuestra participación de su filiación divina. Ser por gracia lo que Jesús es por naturaleza, es el fin de nuestra predestinación y la norma de nuestra santidad: «A los que previó y predestinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo» (Rm 8,29).

Pues bien; en Nuestro Señor hay rasgos esenciales y rasgos contingentes, accidentales. Cristo nació en Belén, huyó a Egipto, pasó su niñez en Nazaret, murió bajo Poncio Pilato; esas circunstancias diversas de tiempo y de lugar no son, en la vida de Cristo, más que rasgos accidentales.- Otros hay que le son de tal modo esenciales, que, sin ellos, Cristo no sería Cristo. Cristo es Dios y Hombre, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, verdadero Dios y verdadero Hombre; estos títulos le corresponden por naturaleza; son intangibles.

Hay en las Escrituras una frase extraña aplicada a la eterna Sabiduría, al Verbo de Dios., «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (Prov 8,31). ¿Quién lo hubiera pensado? El Verbo es Dios; en el seno del Padre vive en una luz infinita; posee todas las riquezas de las perfecciones divinas; goza de la plenitud de toda vida y de toda bienaventuranza. Y, sin embargo de ello, declara, por boca del escritor sagrado, que sus delicias son vivir entre los hombres.

Esta maravilla se ha realizado, pues «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». El Verbo deseaba ser uno de nosotros; realizó de un modo inefable ese deseo divino; y esa realización parece, por decirlo así, que colmó sus anhelos. Al leer el Evangelio, vemos, en efecto, que Cristo afirma a menudo que es Dios, como cuando habla de sus relaciones con su Eterno Padre: «Mi Padre y Yo somos uno» (Jn 10,30), o cuando confirma la profesión de fe de sus oyentes: «Bienaventurado eres, Simón -decía a Pedro, que acababa de confesar la divinidad de su Maestro- bienaventurado eres, porque te ha revelado eso mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17). Esto no obstante, no vemos que El mismo se haya dado de una manera explícita el título de «Hijo de Dios».

¡Cuántas veces, por el contrario le oímos llamarse el «Hijo del hombre»! Diríase que Cristo está ufano de ese título y se ha encariñado con él. Pero cuida muy bien de no separarle nunca de no separarle nunca de su filiación divina o de los privilegios de su divinidad. Dícenos que «el Hijo del hombre tiene el poder, privativo de solo Dios, de perdonar los pecados» (Mc 2,10), y vemos que tan pronto sus discípulos le proclaman el Cristo, Hijo de Dios, El les anuncia que ese Cristo, «Hijo del hombre», ha de padecer, «será condenado a muerte, pero que resucitará al tercer día» (ib. 8,31).

En ninguna parte, quizá, unió el divino Salvador con más precisión y energía su condición de hombre a la de Dios, que en los días de su sagrada pasión. Miradlo ante el tribunal del sumo sacerdote judío Caifás. Este, en medio de la junta, pone a Cristo en el trance de declarar si es el Hijo de Dios. «Tú lo has dicho, responde Jesús, yo soy y además te digo que veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y venir en las nubes del cielo» (Mt 26,64. +Jn 1,51; 3,13). Notad que Jesús no dice -como pudiéramos esperar puesto que se trata sólo de su divinidad-: «Veréis al Hijo de Dios venir como juez eterno y soberano sobre las nubes del cielo»; sino «veréis al Hijo del hombre». En presencia del Tribunal supremo, une ese título de hombre al de Dios: para El, ambos son inseparables, como están indisolublemente unidas y son inseparables las dos naturalezas en que están fundados. Lo mismo se peca rechazando la humanidad de Cristo, que negando su divinidad.

Pues bien: si Cristo Jesús es Hijo de Dios por su nacimiento inefable y eterno en el seno de su Padre: «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado» (Hch 13,33. +Sal 2,7), es el Hijo del hombre por su nacimiento temporal en el seno de una mujer: «Envió Dios a su Hijo, formado de una mujer» (Gál 4,4). Esa mujer es María, pero ésta es también Virgen. De ella y sólo de ella tiene Cristo su naturaleza humana; a ella debe el ser Hijo del hombre; ella es verdaderamente Madre de Dios. María ocupa, pues, de hecho, en el Cristianismo un lugar único, trascendental, esencial. Así como en Cristo la cualidad de «Hijo del hombre» no puede separarse de la de «Hijo de Dios», así también María está unida a Jesús: de hecho, la Santísima Virgen entra en el misterio de la Encarnación en virtud de un título que es de la esencia misma del misterio.

Por eso hemos de pararnos unos momentos a considerar esa maravilla de una simple criatura, asociada por tan estrechos lazos, a la economía del misterio fundamental del Cristianismo, y, por consiguiente, a nuestra vida sobrenatural, a esa vida divina que nos viene de Cristo, Dios y Hombre, y que Cristo nos da en cuanto Dios, pero sirviéndose, como ya os dije, de su humanidad. Debemos ser como Jesús, «Hijo de Dios e Hijo de María. El es lo uno y lo otro con toda verdad; si, pues, queremos copiar en nosotros su imagen, hemos de estar adornados de esa doble cualidad.

No sería verdaderamente cristiana la piedad de un alma si no comprendiese a la Madre del Dios hecho hombre. La devoción a la Virgen María es, no sólo importante, sino necesaria, si queremos beber con abundancia en la fuente de vida. Separar a Cristo de su Madre en nuestra devoción es dividir a Cristo, es perder de vista el papel esencial de su humanidad en la dispensación de la divina gracia. Cuando se deja a la Madre, ya no se comprende al Hijo. ¿No es eso lo que ha sucedido a las naciones protestantes? Por haber rechazado la devoción a María, a pretexto de no menoscabar la dignidad de un mediador único, ¿no han terminado por perder hasta la fe en el mismo Jesucristo? Si Jesucristo es nuestro Salvador, nuestro mediador, nuestro hermano mayor, por haberse revestido de la naturaleza humana, ¿cómo le amaremos de veras, cómo parecemos de veras a El sin tener una devoción especialísima a aquella de quien tomó esa naturaleza humana?

Pero esa devoción ha de ser ilustrada. Digamos, pues en pocas palabras lo que María ha dado a Jesús; y lo que Jesús ha hecho por su Madre; veremos entonces lo que la Santísima Virgen ha de ser para nosotros, y, por fin, la fecundidad sobrenatural que posee nuestra devoción a la Madre del Salvador.

1. Lo que María ha dado a Jesús. Por su «fiat», la Virgen aceptó dar al Verbo una naturaleza humana; es la Madre de Cristo; en virtud de esto, entra esencialmente en el misterio vital del Cristianismo

¿Qué ha dado María a Jesús? Le ha dado, permaneciendo ella Virgen, una naturaleza humana.- Es éste un privilegio único que María no comparte con nadie [Nec primam similem visa est, nec habere sequentem. Antíf. de Laudes de Navidad]. El Verbo podría haber venido al mundo tomando una naturaleza humana creada ex nihilo, sacada de la nada, y ya perfecta en su organismo, como fue formado Adán en el Paraíso terrenal. Por motivos que sólo conoce su sabiduría infinita, no lo hizo. Así, al unirse al género humano, quiso el Verbo recorrer, para santificarlas, todas las etapas del desarrollo humano; quiso nacer de una mujer.

Pero lo que admira en este nacimiento es que el Verbo lo subordinó, por decirlo así, al consentimiento de esa mujer.

Vayamos en espíritu a Nazaret, para contemplar ese espectáculo inefable. El ángel se aparece a la doncella virgen; después de saludarla, le comunica su embajada: «He aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo, y le darás por nombre Jesús; sera grande y será llamado Hijo del Altísimo y su reino no tendrá fin». María pregunta al ángel cómo ha de obrarse esto, siendo ella virgen (Lc 1,34).

Gabriel le responde: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios». Luego, evocando como ejemplo a Isabel, que había concebido a pesar de su esterilidad pasada, porque así le plugo al Señor, el Ángel añade: «Para Dios nada es imposible»; puede, cuando lo quiere, suspender las leyes de la naturaleza.

Dios propone el misterio de la Encarnación, que no se realizará en la Virgen más que cuando ella haya dado su consentimiento. La realización del misterio queda en suspenso hasta la libre conformidad de María. En ese instante, según enseña Santo Tomás, María nos representa a todos en su persona; es como si Dios aguardase la respuesta del género humano, al cual quiere unirse [Per annuntiationem exspectabatur consensus virginis loco totius humanæ naturæ. III, q.30, a.1]. ¡Qué instante aquel tan solemne, ya que en aquel momento va a decidirse el misterio vital del Cristianismo! San Bernardo, en una de sus más hermosas homilias sobre la Anunciación (Hom. IV, super Missus est, c.8), nos presenta todo el género humano, que ha millares de años espera la salvación, a los coros angélicos y a Dios mismo, como en suspenso aguardando la aceptación de la joven Virgen.

Y he aquí que María da su respuesta: llena de fe en la palabra del cielo, entregada enteramente a la voluntad divina que acaba de manifestársele, la Virgen responde con sumisión entera y absoluta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Este Fiat es el consentimiento dado por María al plan divino de la Redención, cuya exposición acaba de oír; este Fiat es como el eco del Fiat de la creación; pero de él va a sacar Dios un mundo nuevo, un mundo infinitamente superior, un mundo de gracia, como respuesta a esa conformidad; pues en ese instante el Verbo divino, segunda persona de la Santísima Trinidad, se encarna en María: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14).

Verdad es, como acabamos de oírlo de la boca misma del ángel, que ningún concurso humano intervendrá, pues todo ha de ser santo en la concepción y el nacimiento de Cristo; pero cierto es también que de su sangre purísima concebirá María por obra del Espíritu Santo, y que el Dios-Hombre saldrá de sus purísimas entrañas. Cuando Jesús nace en Belén, ¿quién está allí reclinado en un pesebre? Es el Hijo de Dios, es el Verbo que, «permaneciendo Dios» [Quod erat permansit. Antífona del Oficio del 1º de enero], tomó en el seno de la Virgen una naturaleza humana. En ese niño hay dos naturalezas bien distintas, pero una sola persona, la persona divina; el término de ese nacimiento virginal es el Hombre-Dios; «El ser santo que nacera de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35); ese Hombre-Dios, ese Dios hecho hombre, es el hijo de María. Es lo que confesaba Isabel, llena del Espíritu Santo: «¿De dónde a mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor a visitarme?» (ib. 43). María es la Madre de Cristo, pues al igual que las demás madres hacen con sus hijos, formó y nutrió de su sustancia purísima el cuerpo de Jesús. Cristo, dice San Pablo, fue «formado de la mujer». Es dogma de fe. Si por su nacimiento eterno «en el esplendor de la santidad» (Sal 109,3), Cristo es verdaderamente Hijo de Dios, por su nacimiento temporal es verdaderamente Hijo de María. El Hijo único de Dios es también Hijo único de la Virgen. Tal es la unión inefable que existe entre Jesús y María; ella es su Madre, El es su hijo. Esa unión es indisoluble; y como Jesús es al mismo tiempo el Hijo de Dios que vino a salvar al mundo, María, de hecho, está asociada íntimamente al misterio vital de todo el Cristianismo. Lo que constituye el fundamento de todas sus grandezas es el privilegio especial de su maternidad divina.

2. Lo que Jesús ha dado a su Madre. La escogió entre todas las mujeres; la ha amado y obedecido; la ha asociado de una manera muy íntima a sus misterios, principalmente al de la Redención

Ese privilegio no es el único.- Toda una corona de gracias adorna a la Virgen, Madre de Cristo, aunque todas ellas se deriven de su maternidad divina. Jesús, en cuanto hombre, depende de María; mas como Verbo eterno, es anterior a ella. Veamos lo que ha dado hecho por aquella de quien había

de tomar la naturaleza humana. Como es Dios, es decir, la Omnipotencia y Sabiduría infinitas, va a adornar a esa criatura con un aderezo inestimable y sin igual. Ante todas las cosas, escogióla con preferencia a las demás en unión del Padre y del Espíritu Santo.- Para indicar la eminencia de esa elección, la Iglesia aplica a María en sus festividades un paso de la Sagrada Escritura, que, en algún sentido, no puede referirse más que a la eterna Sabiduría: «El Señor me poseyó al principio de sus caminos, antes de que obrase alguna cosa; antes de que la tierra existiese. Ya estaba formada antes que hubiese abismos; antes que las montañas se asentasen; antes que las colinas, era yo ya nacida» (Prov 8, 23-25)... ¿Qué muestran estas palabras? La predestinación especial de María en el plan divino. El Padre Eterno no la separa de Cristo en sus divinos pensamientos: envuelve a la Virgen, que será Madre de Dios, en el mismo acto de amor por el cual pone sus complacencias en la humanidad de su Hijo. Esa predestinación es para María manantial de gracias sólo a ella concedidas.

[Ipsissima verba quibus divinæ scripturæ de increata Sapientia loquuntur eiusque sempiternas origines repræsentant, consuevit Ecclesia... ad illius virginis primordia transferre quæ uno eodemque decreto cum divinæ Sapientiæ incarnatione fuerant præstituta. Pío IX. Bula Ineffabilis para la definición de la Inmaculada Concepción]. La Virgen María es inmaculada.- Todos los hijos de Adán nacen manchados con el pecado original, esclavos del demonio, enemigos de Dios. Tal es el decreto promulgado por Dios contra todos los descendientes de Adán pecador. Solamente María, entre todas las criaturas, se librá de esta ley. A esa ley universal, el Verbo eterno hará una excepción -una sola-, en favor de aquella en quien se ha de encarnar. Ni un solo momento el alma de María será esclava del demonio; brillará siempre con destellos de pureza; por eso, luego de la caída de nuestros primeros padres, Dios puso eterna enemistad entre el demonio y la Virgen escogida. Ella es quien bajo su planta aplastará la cabeza de la infernal serpiente (Gén 3,15). Con la Iglesia recordemos frecuentemente ese privilegio de María de ser inmaculada, que sólo Ella posee. Digámosle a menudo con cariñoso amor: «Eres toda hermosa, oh María, y no hay en ti mancha original» [Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te. Antíf. de Vísperas de la Inmaculada Concepción]. «Tu vestido es blanco como la nieve y tu rostro resplandeciente como el sol; por eso te deseó ardientemente el Rey de la gloria» (Ib.).

No sólo nace Inmaculada María, sino que en ella abunda la gracia.- Cuando el Ángel la saluda, la declara «llena de gracia», Gratia plena, pues el Señor, fuente de toda gracia, está con ella: Dominus tecum.- Luego, al concebir y dar a luz a Jesús, María guarda intacta su virginidad. Da a luz y permanece virgen; según canta la Iglesia: «a la gloria tan pura de la virginidad, María junta la alegría de ser madre fecunda» [Gaudia matris habens cum virginitatis honore. Antíf. de Laudes de Navidad]. A esto hay que unir la gracia que representó para María su vida oculta con Jesús, las de su unión con su Hijo en los misterios de su vida pública y de su Pasión, y para colmar la medida, la de su Asunción al cielo. El cuerpo virginal de María, en el cual Cristo tomó su naturaleza humana, no verá la corrupción; en su cabeza será colocada una corona de inestimable valor y reinará como Soberana a la diestra de su Hijo, adomada con la vestidura de gloria formada por tantos privilegios (Sal 44,10).

¿Cuál es el origen de todas esas gracias insignes, de todos esos privilegios extraordinarios, que hacen de ella una criatura por encima de toda criatura? -La elección que desde la eternidad hizo Dios de María para ser Madre de su Hijo. Si ella es bendita entre todas las mujeres, si Dios ha trastomado en favor suyo tantas leyes por El mismo establecidas, es porque la destina a ser Madre de su Hijo. Si quitáis a María esa dignidad, todas esas prerrogativas no tienen ya sentido ni razón de ser; pues todos esos privilegios preparan o acompañan a María en cuanto es Madre de Dios.

Pero lo que es incomprensible es el amor que determinó esa elección singularísima que el Verbo hizo de esa doncella Virgen para tomar en ella naturaleza humana. Cristo amó a su Madre.- Nunca Dios amó tanto a una simple criatura, nunca un hijo amó a su madre como Cristo Jesús a la suya. Amó tanto a los hombres, nos dice El mismo, que dio su vida por ellos, y no pudo darles mayor prueba de amor (Jn 15,13). Pero no olvidéis esta verdad: Cristo murió, ante todo, por su Madre, para pagar su privilegio. Las gracias únicas que María recibió son el primer fruto de la Pasión de Cristo.

La Santísima Virgen no gozaría de privilegio alguno sin los méritos de su Hijo; es la gloria mas grande de Cristo, porque es la que más ha recibido de El.

La Iglesia nos enseña claramente esta doctrina cuando celebra la Inmaculada Concepción, la primera, en orden al tiempo, de las gracias que recibió María. Leed la «oración» de la festividad y veréis que a la Santísima Virgen le fue otorgado este privilegio, porque la muerte de Jesús, prevista en los decretos eternos, había pagado por anticipado ya su precio. «¡Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la Virgen preparasteis una digna morada a vuestro Hijo: os suplicamos que así como por la muerte «prevista» de este vuestro Hijo, la preservasteis de toda mancha...». Podemos decir que María ha sido entre toda la Humanidad el primer objeto del amor de Cristo, aun de Cristo paciente por ella, en primer lugar, para que la gracia pudiese abundar en ella, en una medida excepcional derramó Jesús su preciosa sangre.

Finalmente, Jesús obedeció a su Madre.- Todos habéis leído que todo lo que nos cuentan los Evangelistas de la vida oculta de Cristo en Nazaret se reduce a esto: «crecía en edad y en sabiduría», y estaba «sujeto a María y a José» (Lc 2, 51-52). ¿No es esto incompatible con la divinidad? No, ciertamente. El Verbo se hizo carne, se humilló hasta tomar una naturaleza semejante a la nuestra, a excepción del pecado; vino, nos dice, «a servir y no a ser servido»; y a hacerse «obediente hasta la muerte» (Mt 20,28; Fil 2,8); por eso quiso obedecer a su Madre. En Nazaret obedeció a María y a José, las dos criaturas privilegiadas que Dios colocó junto a El. María participa, en cierto modo, de la autoridad del Padre Eterno sobre la humanidad de su Hijo: Jesús podía decir de su Madre lo que decía de su Padre celestial: «Yo hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8,29).

El Verbo no predestinó a María solamente para ser su Madre según la i

carne, no solamente le tributó el honor que esa dignidad lleva consigo, colmándola de gracias, sino que la asoció a sus misterios.

En el Evangelio vemos que Jesús y María son inseparables en los misterios de Cristo. Los ángeles anuncian a los pastores que en la cueva de Belén hallarán al «Niño y a su Madre» (Lc 2, 8-16): María es quien presenta a Jesús en el Templo, presentación que es ya prelude del sacrificio del Calvario (ib. 23-39). Toda la vida de Nazaret, como acabo de decir, la pasa sujeto a María; a sus ruegos obra Jesús el primer milagro de su vida pública, en las bodas de Caná (Jn 2, 1-2); los Evangelistas afirman que siguió a Jesús en algunas de sus excursiones misionales.

Pero notad bien que no se trata de una simple unión física, sino que María penetra con alma y corazón en los misterios de su Hijo. San Lucas nos refiere que la Madre de Jesús «conservaba en su corazón las palabras de su Hijo y las meditaba» (Lc 2,19). Las palabras de Jesús eran para ella fuente de contemplación. ¿No podríamos decir nosotros otro tanto de los misterios de Jesús? Ciertamente, Cristo, al vivir esos misterios, iluminaba el alma de su Madre sobre cada uno de ellos. Ella los comprendía y se asociaba a ellos. Cuanto Nuestro Señor hablaba o hacía era, para aquella a quien amaba entre todas las mujeres, un manantial de gracias. Jesús devolvía, por decirlo así, a su Madre en vida divina, de la que es fuente perenne, lo que de ella había recibido en vida humana. Por eso Cristo y la Virgen están indisolublemente unidos en todos los misterios; y por eso también María nos tiene a todos unidos en su corazón con su divino Hijo.

Pues bien, la obra por excelencia de Jesús, el santo de los santos de sus misterios, es su sagrada Pasión, por el cruento sacrificio de la cruz, Cristo acaba de dar la vida divina a los hombres, y mediante él les restituye su dignidad de hijos de Dios. Jesús quiso asociar a su Madre a este misterio con un carácter especialísimo, y María se unió tan plenamente a la voluntad de su Hijo Redentor, que comparte con El verdaderamente, si bien guardando su condición de simple criatura, la gloria de habernos dado a luz, en aquel momento, a la vida de la gracia.

Vayamos al Calvario en el instante en que Cristo Jesús va a consumir la obra que su Padre le encomendara en el mundo.- Nuestro Señor ha llegado al final de su misión apostólica en la tierra; va a reconciliar con Dios a todo el género humano. ¿Quién está al pie de la cruz en aquel supremo instante? María, su Madre, con Juan, el discípulo amado, y otras cuantas mujeres (Jn 19,25). Allí está de pie; acaba de renovar la ofrenda de su Hijo que hizo mucho antes al presentarle en el Templo, en este momento ofrece al Padre, para rescate del mundo, «el fruto bendito de su vientre». Sólo quedan a Jesús cortos instantes de vida; luego, el sacrificio estará consumado, y devuelta a los hombres la gracia divina. Quiere darnos por madre a María y esto constituye una de las formas de esta gran verdad: que Cristo se unió en la Encarnación a todo el género humano; los escogidos forman el cuerpo místico de Cristo, del que no pueden ser separados. Cristo nos dará a su Madre para que sea también la nuestra en el orden espiritual; María no nos separará de Jesús, su Hijo, nuestra cabeza.

Antes, pues, de expirar y «de acabar, como dice San Pablo, la conquista del pueblo de las almas, del cual quiere hacer su reino glorioso» (Ef 5, 25-27), Jesús ve al pie de la cruz a su Madre, sumida en la mayor angustia, y a su discípulo Juan, tan amado suyo, aquel mismo que oyó y nos refiere sus últimas palabras. Jesús dice a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo»; y luego al discípulo: «He ahí a tu madre» (Jn 19, 25-27).- San Juan, en este caso, nos representa a todos; es a nosotros a quienes lega Jesús su Madre, cuando ya va a expirar. ¿No es El acaso nuestro «hermano mayor»? ¿No estamos nosotros predestinados a asemejarnos a El para que sea el primogénito de una muchedumbre de hermanos»? (Rm 8,29). Luego si Jesucristo se hizo nuestro hermano mayor al tomar de María una naturaleza como la nuestra que le hizo participar de nuestro linaje, ¿qué tiene de extraño que al morir nos diera por madre en el orden de la gracia a la que fue su Madre en el orden de la naturaleza humana?

Y como esas palabras, siendo proferidas por el Verbo, son todopoderosas y de una eficacia divina, engendran en el corazón de Juan sentimientos de hijo digno de María, al igual que en el corazón de María despiertan una ternura especial para todos aquellos que la gracia hace hermanos de Jesucristo.- Y, ¿quién dudará un instante siquiera de que la Virgen respondió, como en Nazaret, con un Fiat callado, sí, esta vez, pero igualmente lleno de amor, de humildad y de obediencia, en el que toda su voluntad se fundía con la de Jesús, para realizar el supremo anhelo de su Hijo? Santa Gertrudis refiere que, oyendo un día cantar en el Oficio divino las palabras del Evangelio referentes a Cristo: «Primogénito de la Virgen María», decía en sus adentros: «Parece que el título de Hijo único convendría harto mejor a Jesús que el de Primogénito»; mientras se detenía a considerar esto apareciósele la Virgen María y dijo a la excelsa monja: «No, no es "Hijo único" sino "Primogénito", lo que mejor conviene; porque después de Jesús, mi dulcísimo Hijo, o más bien, en El y por El, os han engendrado a todos las entrañas de mi caridad y ahora sois mis hijos, hermanos de Jesús» (Insinuaciones de la divina piedad, l. IV, c. 3).

3. Homenajes que debemos a Maria; ensalzar sus privilegios, como lo hace la Iglesia en su liturgia

Para agradecer bien el puesto único que Jesús quiso ocupar a su Madre en sus misterios, y el amor que María nos tiene, hemos de tributarle el honor, el amor y la confianza a que tiene derecho como Madre de Jesús y Madre nuestra.

¿Cómo no amarla, si amamos a Nuestro Señor? -Si Cristo Jesús quiere, como ya os he dicho, que amemos a todos los miembros de su cuerpo místico, ¿cómo no habríamos de amar en primer lugar a la que le dio esa naturaleza humana, mediante la cual llegó a ser nuestra cabeza, esa humanidad que le sirve de instrumento para comunicarnos la gracia? No podemos poner en tela de juicio que el amor que mostramos a María sea muy grato a Jesús. Si queremos de veras amar a Cristo, si queremos que sea El todo para nosotros, hemos de tener especialísimo amor a su Madre.

Mas, ¿cómo hemos de manifestarle ese nuestro amor? Jesús amó a su Madre, colmándola, como Dios que es, de privilegios sublimes; nosotros mostramos nuestro amor ensalzando esos privilegios.

Si queremos ser gratos a Dios Nuestro Señor, admiremos las maravillas con que amorosamente adornó el alma de su Madre; quiere El que nos unamos a Ella para rendir incesantemente gracias a la Santísima Trinidad, que glorifiquemos a la Virgen por haber sido escogida entre todas las mujeres para dar al mundo un Salvador. Así compartiremos los sentimientos que Jesús tuvo para con Aquella a quien debe el ser Hijo del hombre. «Sí, la cantaremos con la Iglesia: tú sola, sin igual, agradaste al Señor». [Sola sine exemplo placuisti Domino. Antíf. del Benedictus del Oficio de la Santísima Virgen in Sabbato]; bendita seas entre todas las criaturas; bendita porque creíste en la palabra divina y porque en ti se han cumplido las promesas eternas.

Para alentarnos en esta devoción, no tenemos más que mirar la conducta que sigue la Iglesia. Ved cómo la Esposa de Cristo ha multiplicado aquí en la tierra sus testimonios de honor a María, y cómo practica ese culto, especial por su trascendencia sobre el de los demás Santos, que se llama hiperdulía [A todos los santos les debemos homenaje de dulía, palabra griega que significa servicio; la Madre del Verbo encarnado merece, a causa de su dignidad eminente, homenajes enteramente particulares, lo que se expresa con la palabra hyper-dulía].

La Iglesia ha consagrado numerosas fiestas en honra de la Madre de Dios; durante el ciclo litúrgico celebra su Inmaculada Concepción, su Natividad, su Presentación en el Templo, la Anunciación, la Visitación, la Purificación, la Asunción.

Mirad también como, en cada uno de los principales tiempos del ciclo litúrgico, dedica a la Virgen una «Antífona» especial, cuyo rezo impone a sus ministros al fin de las horas canónicas. Habréis observado que en cada una de esas antífonas la Iglesia se complace en recordar el privilegio de la maternidad divina, fundamento de las de mas grandezas de María.-«Madre augusta del Redentor, cantamos en Adviento y Navidad, engendraste, con asombro de la naturaleza, a tu mismo Creador, Virgen al concebir, permaneces Virgen después del parto; Madre de Dios, intercede por nosotros». -Durante la Cuaresma la saludamos como «la raíz de la que ha salido la flor, que es Cristo, y como la puerta por donde la luz ha entrado en el mundo». En tiempo Pascual brota de nuestros labios un himno de alegría, en el que felicitamos a María por el triunfo de su Hijo, y renovamos otra vez el gozo que inundó a su alma en la aurora de esa gloria: «Alégrate, Reina del cielo, porque ha resucitado Aquel que llevaste en tus entrañas: sí, alégrate, ¡oh Virgen!, y llénate de júbilo, porque Cristo, el Señor, ha salido en verdad triunfante y glorioso del sepulcro». -Luego, de Pentecostés a Adviento, tiempo que simboliza el de nuestra peregrinación en este mundo, la Salve Regina llena de confianza: «Madre de misericordia, vida, esperanza nuestra, a ti suspiramos en este valle de lágrimas... Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre... Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo». No hay, pues, día en que la voz de la Iglesia no resuene alabando a María, ensalzando sus gracias y recordándole que, si es Madre de Dios, nosotros somos también sus hijos.

Mas no es esto todo, no. Todos los días la Iglesia canta en Vísperas el Magnificat; únese a la misma Santísima Virgen para alabar a Dios por sus bondades para con la Madre de su Hijo.- Repitamos, pues, a menudo con ella y con la Iglesia: «Mi alma, glorifica al Señor y mi espíritu estalla de gozo en el Dios Salvador mío, porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... En adelante, todos los pueblos me llamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha realizado en mí cosas maravillosas». Al cantar esas palabras, ofrecemos a la beatísima Trinidad un cántico de reconocimiento por los privilegios de María, como si esos privilegios fuesen nuestros.

Tenemos además el «Oficio Parvo» de la Santísima Virgen; tenemos el Rosario, tan grato a María, porque la ensalzamos unida siempre a su Divino Hijo, repitiendo sin cesar, con amor y cariño, el saludo del celestial mensajero el día de la Encarnación: Ave, Maria, gratia plena. Es práctica excelente rezar cada día devotamente el rosario, contemplando así a Cristo en sus misterios para unirnos a El, felicitando a la Santísima Virgen por haber sido tan íntimamente asociada a ellos, y dando gracias a la Santísima Trinidad por los privilegios de María. Y si cada día hemos dicho

muchas veces a la Virgen: «Madre de Dios, ruega por nosotros... ahora y en la hora de nuestra muerte», cuando llegue el instante en que el nunc y el hora mortis nostræ sean un solo y el mismo momento, estemos ciertos de que la Virgen no nos abandonará.- Tenemos además las Letanías; tenemos el Angelus, mediante el cual renovamos en el corazón de María el inefable gozo que hubo de experimentar en el momento de la Encarnación; hay, por fin, otras muchas formas de devoción a María.

No es menester cargarse con muchas «prácticas», hay que escoger algunas, y una vez hecha la elección, ser fieles a ellas, ese obsequio diario tributado a su Madre será también, no cabe duda, muy grato a Nuestro Señor.

4. Fecundidad que reporta al alma la devoción a María. María inseparable de Jesús en el plan divino; su crédito todopoderoso; su gracia de maternidad espiritual. Pidamos a María «que forme a Jesús» en nosotros

La devoción a María, además de ser muy agradable a Jesucristo, es para nosotros fecundísima.- Y eso por tres razones, que ya habréis adivinado.

T

Primero, porque, en el plan divino, María es inseparable de Jesús, y nuestra santidad estriba en acomodarnos lo más perfectamente que nos sea posible a la economía divina.- En los pensamientos eternos, María entra de hecho esencialmente en los misterios de Cristo, Madre de Jesús, es Madre de Aquel de quien todo nos viene. Según el plan divino, no se da la vida a los hombres sino por Cristo, Dios-Hombre: «Nadie viene al Padre si no es por Mí» (Jn 14,26), y Cristo no fue dado al mundo sino por María: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos encarnándose de la Virgen María» (Credo de la Misa). Ese es el orden divino. Y ese orden es inmutable. En efecto, notad que no vale sólo para el día en que se realizó la Encarnación; su valor continúa subsistiendo por la aplicación a las almas de los frutos de la Encarnación. ¿Por qué así? Porque la fuente de la gracia es Cristo, Verbo encarnado; pero su cualidad de Cristo, de mediador, permanece inseparable de la naturaleza humana que tomó de la Virgen Santísima. [«Habiendo Dios querido una vez darnos a Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, ese orden ya no puede cambiar, pues los dones de Dios no están sujetos a mudanza. Siempre será cierto que habiendo recibido por su caridad el principio universal de toda gracia, habiendo recibido por su caridad el principio universal de toda gracia, recibamos también por su mediación las diversas aplicaciones en todos los diferentes estados que componen la vida cristiana. Como su caridad maternal ha contribuido tanto a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, así contribuirá también eternamente en todas las demás operaciones que no son más que su corolario». Bossuet, Sermon pour la fête de la Conception.- Citemos asimismo las palabras del Papa León XIII: «Del magnífico tesoro de gracias que Cristo nos ganó, nada nos será dispensado si no es por María. Por tanto dirigiéndonos a ella es como hemos de llegarnos a Cristo, así como por Cristo nos acercamos a nuestro Padre Celestial». Encíclica sobre el Rosario, 1891].

La segunda razón, que guarda relación con la anterior, es que nadie tiene ante Dios tan gran crédito para obtenernos la gracia, como la Madre de Dios.- Como consecuencia de la Encarnación, Dios se complace, no para amenguar el poder de mediación de su Hijo, sino para extenderlo y ensalzarlo, en reconocer la solvencia de los que están unidos a Jesús, cabeza del cuerpo místico; esa solvencia es tanto mayor cuanto mayor y más íntima es la unión de los santos con Jesucristo.

Cuanto más se acerca una cosa a su principio, dice Santo Tomás, más experimenta los efectos que ese principio produce. Cuanto más os acercáis a una hoguera, más sentís el calor que irradia.- Pues bien, añade el santo Doctor; Cristo es el principio de la gracia, puesto que, en cuanto Dios, es autor de ella y, en cuanto Hombre, es instrumento; y como la Virgen es la criatura que más cerca ha estado de la humanidad de Cristo, puesto que Cristo tomó en ella la naturaleza humana, síguese que

María recibió de Cristo una gracia mayor que la de todas las criaturas.

Cada cual recibe de Dios (habla el mismo Santo Tomás) la gracia proporcionada al destino que su providencia le ha señalado. Como hombre, Cristo fue predestinado y elegido para que, siendo Hijo de Dios, tuviese poder de santificar a todos los hombres; por tanto, debía poseer El solo tal plenitud, que pudiese derramarse sobre todas las almas. La plenitud de gracia que recibió la Santísima Virgen tenía por fin hacerla la criatura más allegada al autor de la gracia; tan allegada, en efecto, que María encerraría en su seno al que está lleno de gracia, y que al darle al mundo por su parto virginal, daría, por decirlo así al mundo la gracia misma, porque le daría la fuente de la gracia [Ut eum, qui est plenus omni gratia, pariendo, quodammodo gratiam ad omnes derivaret. III, q.27, a.5]. Al formar a Jesús en sus punsimas entrañas, la Virgen nos ha dado al autor mismo de la vida. Así lo canta la Iglesia en la oración que sigue a la antifona de la Virgen del tiempo de Navidad, honrando el nacimiento de Cristo: «por ti se nos ha dado recibir al autor de la vida»; y además, invita a «las naciones a cantar y ensalzar la vida que les ha procurado esa maternidad virginal».

Vitam datam per Virginem

Gentes redemptæ plaudite.

Por consiguiente, si queréis beber con abundancia en la fuente de la vida divina, id a María, pedidle que os guíe a esa fuente; ella más y mejor que ninguna otra criatura puede llevarnos hasta Jesús. Por eso, y no sin justo motivo, la llamamos «Madre de la divina gracia»; por eso también la Iglesia le aplica este paso de las Sagradas Escrituras: «El que me encuentre, hallará la vida y beberá la salud que viene del Señor» (Prov 8,35). La salvación, vida de nuestras almas, no viene sino de Jesús. El es el único mediador; pero, ¿quién nos llevará a El con más seguridad que María?; ¿quién goza de tanto poder como su Madre para volvérsenosle propicio?

María, por otra parte, recibió de Jesús mismo, respecto a su cuerpo místico, una gracia especial de maternidad. Esta es la última razón de por qué resulta tan fecunda en el orden sobrenatural la devoción a la Santísima Virgen.- Cristo, después de haber recibido de María la naturaleza humana, asoció a su Madre, como va os he dicho, a todos sus misterios, desde su presentación en el Templo hasta su inmolación en el Calvario. Ahora bien, ¿cuál es el fin de todos los misterios de Cristo? No es otro que el de convertirle en dechado y paradigma de nuestra vida sobrenatural en rescate de nuestra santificación y fuente de toda nuestra santidad; y finalmente el de crearle una sociedad eterna y gloriosa de hermanos que en todo se le asemejen. Por eso María está asociada al nuevo Adán como una nueva Eva; es, pues, con mejor derecho que Eva, la «madre de los vivientes» (Gén 3,20), de los que viven por la gracia de su Hijo.

Os decía poco ha que esa asociación no fue únicamente externa. Siendo Cristo Dios, siendo el Verbo omnipotente, creó en el alma de su Madre los sentimientos que debía albergar hacia todos aquellos que El quería elevar a la dignidad de hermanos suyos, haciéndolos nacer de ella y vivir sus misterios. La Virgen, por su parte, iluminada por la gracia que abundaba en ella, respondió a ese llamamiento de Jesús con un Fiat, en el que ponía su alma entera con sumisión, totalmente unida en espíritu con su divino Hijo: «Al dar su consentimiento, cuando le fue anunciada la Encarnación, María aceptó el cooperar, el desempeñar un papel, en el plan de la Redención; aceptó, no sólo ser la Madre de Jesús, sino también asociarse a toda su misión de Redentor. En cada uno de los misterios de Cristo, hubo de renovar el Fiat lleno de amor, hasta el momento en que pudo decir, después de haber ofrecido en el Calvario, para la salvación del mundo, aquel Jesús, aquel Hijo, aquel cuerpo por ella formado, aquella sangre que era su sangre: «Todo se ha consumado». En esa hora bendita, María estaba tan identificada con los sentimientos de Jesús, que puede llamarse Corredentora. En ese instante, como Jesús, María acabó de engendrarlos, por un acto de amor, a la vida de la gracia [Cooperata est caritate ut fideles in Ecclesia nascerentur. San Agustín. De Sancta Virginitate, núm. 6]. Siendo Madre de nuestra Cabeza, según el pensar de San Agustín, por haberle engendrado en sus

entrañas, María llegó a ser, por el alma, la voluntad y el corazón, madre de todos los miembros de esa divina Cabeza. «Madre, en cuanto al cuerpo, de nuestra Cabeza; por el espíritu lo es de todos sus miembros» [Corpore mater capitis nostri, spiritu mater membrorum eius. ib.].

Y porque aquí en la tierra María se asoció a todos los misterios de la Redención, Jesús la coronó, no sólo de gloria, sino de poder; colocó a su Madre a su diestra, para que pudiese disponer, a título de Madre de Dios, de los tesoros de la vida eterna. «La Reina se sienta a tu derecha» (Sal 44,10). Es lo que indica la piedad cristiana cuando proclama a la Madre de Dios «omnipotencia suplicante».

Digámosle, pues, con la Iglesia y llenos de confianza: «Muestra que eres Madre: Madre de Jesús por tu ascendiente sobre El; madre nuestra, por tu misericordia para con nosotros; por tu mediación reciba Cristo nuestras peticiones, ese Cristo que, naciendo de ti para traernos la vida, quiso ser Hijo tuyo»:

Monstra te esse Matrem, / Sumat per te preces / Qui pro nobis natus / Tulit esse tuus (Himno Ave maris Stella).

¿Quién conoce mejor que ella el corazón de su Hijo? En el Evangelio (Jn 2,1 y sigs.) hallamos un magnífico ejemplo de su confianza en Jesús. Ocurrió el hecho en las bodas de Caná. Asiste a ellas con Jesús y no anda tan absorta en la contemplación, que no advierta lo que ocurre a su alrededor. El vino escasea. María advierte la confusión de sus huéspedes y dice a Jesús: «No tienen vino». Bien se refleja aquí su corazón de madre. ¡Cuántas almas «místicas» hubiesen tenido a menos pensar en el vino! Sin embargo, ¿qué son ellas al lado de María? Impelida por su bondad pide a su Hijo que ayude a los que ve en apuros. Nuestro Señor la mira y hace como que no accede a lo que ella pide: «Mujer, a ti y a mí, ¿qué nos va en ello?» Pero ella conocía a su Jesús; tan segura está de El, que al punto dice a los criados: «Haced todo lo que El os diga». Y, en efecto, Cristo habló y las ánforas se llenaron de excelente vino.

¿Qué pediremos nosotros a la Madre de Jesús sino que ante todas las cosas y sobre todo forme a Jesús en nosotros comunicándonos su fe y su amor? Toda la vida cristiana consiste en hacer que «Cristo nazcar en nosotros y que viva en nuestro corazón. Es doctrina de San Pablo (Gál 4,19). Ahora bien, ¿dónde se formó Cristo en primer lugar? En el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. Pero María, dicen los Santos Padres, concibió primero a Jesús por la fe y el amor, cuando con su Fiat consintió en ser su Madre [Prius concepit mente quam corpore. San Agustín, De virgin., c. 3; Sermo CCXV, n.4; San León, Sermo I de Nativitate Domini, c.7; San Bernardo, Sermo I de vigilia Nativitatis]. Pidámosla que nos alcance esa fe que engendra a Jesús en nosotros, ese amor que hace que vivamos de la vida de Jesús. Pidámosla que nos haga semejantes a su Hijo; ningún favor más grande la podemos pedir, ninguno que más la guste concedernos, pues sabe y ve que su Hijo no puede estar separado de su cuerpo místico. Está tan unida de alma y de corazón con su divino Hijo, que ahora en la gloria no anhela más que una cosa: que la Iglesia, reino de los escogidos, precio de la sangre de Jesús, aparezca ante El «gloriosa, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada» (Ef 5,27).

Por eso, cuando nos dirijamos a la Virgen, hagámoslo unidos a Jesús y digámosla: «Oh Madre del Verbo encarnado, vuestro Hijo ha dicho: Todo cuanto hicieris al menor de mis pequeñuelos a mí me lo hacéis: yo soy uno de esos pequeñuelos entre los miembros de Jesús, vuestro Hijo; en su nombre me presento delante de Vos para implorar vuestro auxilio». Si rehusase peticiones así presentadas, María rehusaría algo a Jesús.

Vayamos, pues, a ella, pero vayamos con confianza. Hay almas que acuden a ella como a una madre, le confían sus intereses, le descubren sus penas, sus dificultades; a ella recurren en las necesidades, en las tentaciones, pues nentre la Virgen y el demonio hay eterna enemistad; y con su planta María quebranta la cabeza del dragón infernal» (Gén 3,15); tratan siempre con la Virgen

como con una madre; las hay que se arrodillan delante de sus estatuas para exponerle sus deseos y anhelos. Son niñerías, diréis. Acaso; pero, ¿sabéis lo que dice Cristo? «Si no os hicieréis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,13).

Pidamos a María que de la humanidad de su Hijo Jesús, que posee la plenitud de gracia, iluya ésta con abundancia sobre nosotros, para que por el amor nos vayamos conformando más y más con el Hijo amantísimo del Padre que es también su Hijo. Esta es la mejor petición que podemos hacerle. Nuestro Señor decía a sus Apóstoles en la última Cena: «Mi Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que he venido de El» (Jn 16,27). Lo mismo podría decirnos de María: «Mi Madre os ama porque vosotros me amáis y creéis que he nacido de ella». Nada resulta más grato a María que oír confesar que Jesús es su Hijo y verle amado de todas las criaturas.

El Evangelio, como ya sabéis, no nos ha conservado sino muy contadas palabras de María. Acabo de recordaros algunas: las que dijo a los criados de las bodas de Caná: «Haced cuanto mi Hijo os diga» (ib. 2,5). Estas palabras son como un eco de las del Padre Eterno: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias, escuchadle» (Mt 17,5; +2Pe 1,17). Podemos también nosotros aplicarnos esas palabras de María: «Haced cuanto os dijere». Ese será el mejor fruto de esta conferencia: será también la mejor manifestación de nuestra devoción para con la Madre de Dios. El mayor anhelo de la Virgen Madre es ver a su Divino Hijo, obedecido, amado, glorificado, ensalzado; como para el Padre Eterno, Jesús es para María el objeto de todas sus complacencias.